

CAPITULO PRIMERO

De lo que el Algebrista debe considerar

Como sea entre los médicos cosa notoria, no poderse saber, que sea enfermedad, si primero no se sabe que cosa sea salud, y esto no solo en general, pero aun de cualquier hombre en particular, cual sea su propia salud, así en todo el cuerpo como en cada una de sus partes: parece precisamente necesario, para poder proceder con acierto en el modo y arte de concertar los huesos desconcertados, y juntar los que se hubiesen quebrado, saber primero con claridad y certidumbre, las figuras naturales de todos los huesos: y la que de juntarse uno con otro, resulta en el cuerpo y en cada parte suya.

Porque así visto el hombre que de algún daño de estos enfermase, se conozca con mas facilidad, si dista de su natural compostura aquella parte.

Y sabido que no está en su propia figura, se vea y considere, como se puede y debe reducir a su sitio.

Porque cosa cierta es entre los Médicos, haber varios modos de concertar las partes que se desconciertan, y esto conforme a la figura de la parte desconcertada.

De manera que si a bulto, y sin este conocimiento y distinción, se intentase volver la parte a su lugar, o se haría con violencia más perjudicial que la misma enfermedad, o no se podría reducir, como cada día se ve por esta razón, quedar muchos cuerpos curados con manquedades incurables.

Por lo cual debe el Algebrista considerar cerca del conocimiento de los huesos, muchas cosas, que todas son necesarias y útiles para diversos fines.

La primera, que los huesos de su natural templanza, son fríos y secos, y de naturaleza de tierra: y en esta razón, cuando se quiebran, se les deben aplicar medicinas frías y secas, semejantes a su naturaleza: aunque para juntarlos sea necesario algún calor, y medicina, y sustancia en el mismo hueso, glutinosa o pegajosa, como adelante se dirá.

La segunda es, saber la grandeza del hueso quebrado o desconcertado, para saber por aquí el modo de tratarlos, pues los grandes conciertan con más facilidad que los pequeños.

Demás que de los grandes, unos hay huecos, y dentro no tienen nada, como el hueso de la frente, encima y en medio de las cejas: y otros hay que están llenos de médula o tuétano, como el hueso de la pierna, y canillas de brazos, y la quijada de abajo: y la de arriba el hueso grande.

Asimismo entre los huesos grandes, hay unos que ni tienen medula, ni cavidad, como los siete huesos de la cabeza, y el de la espalda, y las vértebras del hueso grande, llamado Sacro, que está al cabo del espinazo: y el de la cadera, y el que hace el carcañal.

Fuera de todos estos, hay otros pequeños, y sin médula o tuétano, porque todos son macizos, como los huesos pequeños de la cara, y los de la palma de la mano, y los pequeñuelos que hay en las coyunturas de los dedos, que son semejantes a simiente de alegría, y asimismo los dientes.

La tercera consideración, es, para entender el número de los huesos de que cada parte se compone.

Porque es así, que hay algunas que constan de varios huesos, de un tamaño y figura, en los cuales no se ofrece pequeña dificultad cuando se desconciertan, como acontece en la mano, y el empeine del pie.

En las cuales partes, a veces por componer y concertar uno, se desconcierta otro, sin poder hacerlo tan al justo, que no haya inconveniente para los que ignoran el número y lugar de cada hueso, en las partes dichas.

Conviene lo cuarto y más principal, saber la figura de cada hueso, porque de ella se coligirá fácilmente, cuanto dista la parte enferma de su natural figura: y para que si estuviese quebrado, se sepa en que figura se ha de volver a poner, que sea la natural del hueso, y de la parte.

Para noticia de lo susodicho conviene considerar los huesos en dos maneras de figuras: Una que es propia de cada hueso, según el miembro de quien es el hueso, como es la figura del hueso del brazo, que no puede servir para la pierna: y la del hueso de la pierna, que no puede servir para el brazo, y así las demás.

Otra figura hay que puede ser común a huesos de diferentes partes.

Esta es una eminencia que tienen algunos huesos, necesaria para muchos oficios que con ella hace naturaleza, como la tiene el hueso del muslo, y otros muchos huesos.

Es esta eminencia (llamada Apófisis) en dos maneras.

Una que es parte del mismo hueso donde está, que no es otra cosa sino una parte de aquel hueso más levantada y señalada, de la cual en algunos huesos se halla una sola, como en el rayo o hueso del brazo, una de cada parte como cabeza.

Y en otros huesos se hallan más, como en el otro hueso del brazo, y en el del muslo, y en el hueso semejante a cuña, que está debajo de la cabeza, y en el hueso de la frente, y en los nudos de las espaldas.

La segunda manera de añadidura (llamada Epifisis) que hay en los huesos, es, cuando a alguno se le añade en lo alto o bajo de él, algún pedacillo de hueso, que

parece enxerido, como si hubiera faltado algo para llegar a su perfección y debida grandeza, y se lo hubiera añadido la naturaleza con otro pedazo de hueso, tan pegado y enxerido, que parecen un solo hueso: lo cual se hizo para mayor seguridad, que si acaso se quebrase no fuese del todo.

Demás de parecer, que quiso naturaleza poner a los huesos que tienen tuétano, como un cobertor, para que estuviese más guardado: no obstante que hay algunos, que no tienen esta cobertura, y tienen tuétano, como la quijada inferior.

Fuera de lo cual sirve también esta añadidura, para que los ligamentos se inxeran y fortalezcan allí, y de allí se produzcan o nazcan, resudando, o colando por aquella parte humedad y materia para este efecto.

Aliende de esto sirven de fortaleza a los huesos mayores, como las basas a los pilares: aunque en los niños es tan blanda esta añadidura, como ternilla, y luego se les endurece con la edad: de manera, que ni se hecha de ver ser añadidura, ni se puede despegar sino con gran fuerza, o podreciéndose, o cociéndose mucho el hueso.

Fue tan grande la sagacidad de la naturaleza, que no dio estos procesos o eminencias, sino a los huesos grandes, o que habían de hacer grandes movimientos, como al codo, a la pierna por la rodilla, a los nudos de las espaldas, y a lo alto del hueso del muslo: y así en los que hay estas eminencias, suele haber una y dos en algunos.

Es asimismo necesario saber lo quinto, que seno, o cavidad tiene cada hueso, porque si acaso se desconcertase, o saliere de su asiento, por caída, o golpe, o por cualquiera otra causa, se entienda adonde se ha de reducir, y tornar a situar.

Lo último, conviene saber la unión, o trabazón y atadura que los huesos tienen, unos con otros, que es lo que propiamente se llama coyuntura, porque en esto consiste el verdadero modo de reducir el hueso desconcertado a su lugar.

En lo cual asimismo hay varias figuras y modos de coyunturas: y de la misma manera, también hay diferentes maneras de desconcertarse, y diferentes modos y artificios para concertarlos.

De manera, que no bastara saber que se ha de tornar el hueso a su lugar, sino que también es necesario saber el modo que cada coyuntura y daño en ella, quiere, y le es propio para reducirle: porque de otra manera se hace la obra con tanto dolor, que inflamada la parte, o llamado a la coyuntura mucho humor, quedan tan mancos por endurecerse lo que allí corre, como si el hueso no se hubiese reducido.

De manera, que en estas dos cosas consiste toda la doctrina del Álgebra, en cuanto toca a la reducción del hueso que está afuera de su lugar.

Demás de todo lo dicho, debe el Algebrista considerar en los huesos, la sustancia, que o es rara esponjosa, o sólida y densa, dura, blanda, gruesa, o delgada, áspera, o lisa.

Asimismo conviene saber para lo que aquí se pretende, que aunque las figuras de los huesos sean muchas, no es necesario al Algebrista saberlas todas, sino las que son necesarias para constituir coyuntura, pues solo lo que se procura es, reducir cada hueso a su lugar o coyuntura de donde salió.

Para lo cual conviene saber, que así como hay varias coyunturas, o juntas de huesos, así también son varias las figuras naturales que resultan en los miembros: de manera, que conocida la figura natural de cada parte, fácilmente se verá si los huesos están en su concierto, o desconcertados.

Para lo cual es necesario saber, que hay unos huesos, que de tal manera tienen su figura, que dentro de si por alguna parte, pueden recibir y esconder otro hueso: y otras hay que no pueden recibir ninguno, sino antes el tal hueso es recibido de otro: y así el primero tiene en sí cavidad, y el segundo eminencia, o cabeza, como es el hueso del brazo por lo alto, que entra en la cavidad del hueso del hombro.

Hay también otros, que juntamente reciben y son recibidos, como se ve en las comisuras de los huesos de la cabeza.

También hay otros, que por una simple y casi llana unión o juntura, se reciben y juntan con tan fuerte unión, que es más firme que las demás, como se ve en la segunda especie de añadidura de huesos, de que arriba queda hecha mención.

Hállanse también otros huesos, que no se juntan, ni pueden, sino por medio de alguna cosa que los pega y afija uno con otro, como es carne, o ternilla, o niervo.

Y aunque esto es así, y de esta manera explicado, parece quedar suficientemente claro, todavía me pareció necesario explicarlo más, y dejar lo más fácil de entender, por términos más claros, diciendo las diferencias de junturas que hay en el cuerpo humano, y que figura resulta en la parte después de hecha la unión en los huesos: y también declarando con que modos y medios se juntan, y el fin porque más se taban de esta manera que de otra.

Para lo cual es necesario declarar primero, que cosa sea unión, o juntura, o coyuntura de huesos.

Y así mismo conviene explicar que hay dos maneras de coyunturas, una por sola juntura o unión de huesos, y otra por coyuntura o articulación, porque sin la noticia de esto, es imposible y muy dificultoso saber ni poder reducir los huesos a sus lugares, pues la reducción ha de ser conforme a la armonía y modo de coyuntura.